



REVISTA DE INSTRUCCIÓN, MORAL Y RECREO

DIRIGIDA POR

DON JOSÉ NOVI Y PEREDA

Año V.

Madrid 15 de Julio de 1882

Núm. 50

SUMARIO

I. Más sobre la educación. — **II.** La peonza y la perinola. — **III.** Preceptiva de la fábula. — **IV.** El que inventó la pólvora. — **V.** La perdiz desechada. **VI.** Explicación del grabado. **VII.** El vaso de agua. — **VIII.** Alejandría. — **IX.** Á la Virgen María. — **X.** Los programas. — **XI.** Porvenir de las almas. — **XII.** Higiene de las escuelas. — **XIII.** El ángel dormido.

MÁS SOBRE LA EDUCACIÓN

Es de tan alta importancia la educación física y moral de los hombres, que jamás se habrá dicho lo bastante en el curso de los siglos respecto de esta circunstancia esencial é imprescindible en las sociedades, siquiera unos autores la definan y enderecen para acomodarla á la enseñanza de unas costumbres, y otros la encaminen á costumbres opuestas; pero todos en armonía con las condiciones orgánicas respecto de la física, y al mayor esclarecimiento de las cosas para llegar á la posible perfección en cuanto á la parte moral.

El fin en todos los casos es armonizar la materia con el espíritu, porque de esa armonía nace la educación.

Para procurar la educación física conviene el ejercicio; y si se quiere hacerla más sutil, si se quiere que las razas no degeneren, procuraremos un ejercicio que facilite el desarrollo de nuestras fuerzas físicas, que anime la sangre; porque nuestra sangre es como el agua de los ríos: si se para, se convierte en lago cenagoso; por eso debemos salir de la inacción.

¿De qué modo?

Con el trabajo moderado en el primer caso; con la gimnasia los que no tienen necesidad de trabajar.

Con la gimnasia desaparecen la multitud de desórdenes que experimentamos en nuestro organismo, desaparece la raquitis, se adquiere robustez y energía para el ejercicio de todas las funciones, brota la salud.

He ahí el por qué, fruto de la experiencia, se ha establecido como de utilidad pública en la enseñanza universitaria de diferentes países.

Pero ha de comenzar esta educación en edad temprana para que produzca un resultado or-

denado; en las escuelas, por ejemplo, en los niños de diez á catorce años, antes que los huesos pierdan su flexibilidad, y en ocasión en que el desarrollo físico favorezca el desarrollo intelectual.

Poco importa que los niños, obedeciendo al incansable afán que manifiestan los padres en presentarlos precoces, luzcan galas de la inteligencia, si esforzando su débil imaginación consiguen enfermar. Pues para evitar tales contingencias conviene, cuando menos, que al paso que se les inculca ciertos conocimientos, se eduque su naturaleza con la gimnasia, que es el más poderoso auxiliar del desarrollo físico.

¿Qué importa, repito, que un joven cualquiera se licencie ó doctore antes de los veinte años, si abandonando la educación física por la intelectual, se encuentra después con que este desequilibrio ha ocasionado tal perturbación en su organismo que le impide dedicarse al ejercicio de su profesión y no puede ocuparse de trabajos mentales.

Pues si no puede desempeñar tareas en que tenga que intervenir la mente después de ha-

ber obtenido un título profesional, tampoco servirá para los oficios, que al fin y al cabo requieren la fuerza y robustez que perdió esforzando en sus primeros años la inteligencia.

¿Y qué recurso queda?

Acudir al favor del amigo para adquirir una credencial de esas que autorizan para cobrar y no exigen trabajo alguno?

¡Ah! La vida de los empleados es harto accidentada para hacer la felicidad de las familias, salvo en raras excepcionales ocasiones, y no son muchos los subalternos que pueden esquivar las tareas.

Medítense bien las consecuencias fatales que puede ocasionar la costumbre de someter á los niños al estudio de asignaturas superiores á su entendimiento, y atiendan preferentemente al desarrollo físico, sin cuyo poder no serán útiles en su edad más viril.

Haciendo, pues, la enseñanza simultánea, se logrará seguramente armonizar la materia con el espíritu, la fuerza física con la fuerza intelectual, y la educación será perfecta; el niño llegará á ser hombre de provecho.

Vale más, mucho más edificar desde luego con solidez, que presenciar las ruinas de lo construido al tiempo de empezar á recoger los beneficios de lo edificado.

Esta es una verdad palmaria que deben tener presente todos los padres para no mortificar en flor al fruto de sus amores, por satisfacer una vanidad extemporánea, vanidad que han de llorar más tarde cuando asomen los trastornos que dejamos apuntados.

JOSÉ NOVI Y PEREDA.

LA PEONZA Y LA PERINOLA

La rebelde, la rústica Peonza
Dijo á la Perinola con enfado
Allá en su jerigonza:
— Suerte bien desigual nos ha tocado.
A ti con mucho mimo,
Cuando te hacen andar, te dan impulso,
Entre los dedos revolviendo tu eje:
No se me trata á mí con tanto pulso.
Yo, cuando me andan, gimo
Al compás de la bárbara correa
Con que un muchacho hereje
Me arrima cada golpe que me brea,
Y cuanto más el movimiento animo,
Con más ciego furor me zarandea.
— Querida (respondió la Perinola),
En ti consiste sola
El trato que te dan: tú lo evitaras,
A ser juguete, como yo, ligero;
Mas ¿qué han de hacer contigo
Si en apartando el látigo te paras?
Yo, sin embargo, consolarte espero.
Nuestro *papá* el tornero
Puede, si se lo digo
Y queres animosa decidirte,
Quitarte la madera que te sobra,
Y en agíl perinola convertirte.
— ¡Friolera es la obra!
(Exclamó la Peonza sofocada).
Prefiero que el zurriago me atormente
A sufrir que la gubia me hínque el diente.

¿No sabes ni empezar el catecismo,
Y al preceptor acusas de inclemencia?
Quétate de ti mismo:
Para buen colegial no hay penitencia.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

PRECEPTIVA DE LA FÁBULA



La *Fábula* un poemita corto en extensión, sencillo y gracioso en el estilo, que contiene la narración de un hecho ficticio verificado entre seres racionales, irracionales ó inanimados, y que entraña una doctrina ó enseñanza útil, expuesta con brevedad. Es, pues, una alegoría, un símil, un ejemplito con que se demuestra y hace más perceptible una verdad que se quiere grabar en el ánimo. Es obra del ingenio y del talento, de la imaginación y de la razón, de la poesía y de la filosofía.

Si los personajes que intervienen en la acción son seres racionales, se llama *Parábola* ó *Fábula racional*; si son seres irracionales ó inanimados, se denomina *Fábula irracional*; si son de uno y otro género, recibe el nombre de *Fábula mixta*, y unas y otras se comprenden bajo la denominación general de *Fábulas* ó *Apólogos*.

Sin embargo, la palabra *Apólogo*, atendiendo al uso que hacen de ella los autores, parece designar más propiamente las fábulas un tanto extensas y de estilo más elevado. Pero nada hay definido entre los preceptistas acerca de este punto, y ambas dicciones, *Fábula* y *Apólogo*, corren con idéntica significación.

El estilo debe ser sencillo, sin ser descuidado, pero sin pretensiones de ostentar adornos oratorios. La narración y exposición debe ser breve, sin que sea de necesidad reducirlas á la concisión esopiana; pues hallamos en los autores modernos bellísimas fábulas en que abundan las imágenes, rasgos y ampliaciones poéticas, sin que por eso queden desnaturalizadas, sin que pierdan el carácter que singulariza este género literario, sin que dejen de ser fábulas, ni pueda decirse que están mal hechas.

Admite variedad de tonos, desde el festivo y el satírico, hasta el serio y el sentimental. Por más que en la parte de exposición del argumento tiene la naturaleza de poema narrativo, como quiera que la narración puede revestir todos los matices del sentimiento, puede también la fábula presentar todos los tonos de la poesía, encontrándose algunas entre las obras de los buenos fabulistas modernos que pudieran llevar el nombre de *líricas*.

Puede escribirse en prosa ó en verso. Esopo escribió las suyas en prosa. Posteriormente se adoptó por lo general el verso, para darle más gracia y donosura, empleando variedad de metros y combinaciones poéticas.

Tampoco puede darse regla ninguna en cuanto á fijar su extensión, si bien no debe exceder de muy pocas páginas.

La fábula, como toda obra literaria, está sujeta á la ley de la unidad; es decir, que ha de hacer en el ánimo la impresión de un *todo completo*, y no de varias partes disgregadas ó incompletas. La unidad depende ya de la acción, ya de la intención. La fábula será *una* por la acción cuando contiene un solo argumento, como *El oso*, *la mona* y *el cerdo*, de Iriarte; será *una* por la intención cuando entraña una sola moralidad aunque la acción sea compuesta de varias, como *La pava* y *las hormigas*, de La Fontaine.

Dos partes tiene la fábula: el argumento,

que, como hemos dicho, reviste carácter narrativo, y la intención expresada en la moraleja, que tiene carácter docente. De la estrecha é íntima relación entre ambas partes, depende principalmente en los más de los casos la perfección del Apólogo. Esta relación no debe ser abstrusa y difícil de percibir, sino clara y perspicua. Al llegar á la moraleja, la mente se complace en ver la conexión que tiene con la narración; entonces es cuando se nota el mayor ó menor ingenio del fabulista, su instrucción, su sabiduría, lo elevado de su intención; allí aparece la personalidad del autor definida por sus propias expresiones. Si la moralidad sale espontáneamente de la acción, y encierra un sentido profundo, trascendental, claro y evidente, la hermosura del poema adquiere mayores quilates de perfección, y se produce en el ánimo aquella titilación de placer causada por la percepción de la belleza, y que hace asomar á los labios una sonrisa. De esta conexión de las dos partes de la fábula, depende casi siempre su éxito.

La *moraleja* es también tanto más bella, cuanto es más sentenciosa.

Se coloca antes ó después de la narración, según el vario procedimiento mental que se sigue al hacer el *Apólogo*. Unas veces lo primero que se ocurre es un argumento bello, y después de exponerlo, el autor se ocupa en deducir de él una enseñanza oportuna; entonces la *moraleja* se coloca al fin, y toma el nombre de *postfabulación*. Otras veces, lo primero que salta en la mente es una doctrina, una sentencia que se quiere demostrar en forma de fábula, ocupándose luego el fabulista en buscar un argumento apropiado; entonces la moraleja se pone al principio, y se denomina *fabulación*.

La intención de la fábula puede ser moral, literaria, filosófica, política, ascética, etc.; según el orden á que pertenece la enseñanza que desarrolla, y toma las denominaciones particulares de *Fábula moral*, *Fábula literaria*, *Fábula filosófica*, etc.

Aunque en el *Apólogo* suelen entrar como actores seres irracionales que no pueden tener carácter, sin embargo, como la imaginación acostumbra á personificar todas las cosas, atribuyéndoles un modo de ser moral en armonía con sus cualidades físicas y vitales, y en analogía con los caracteres morales de los hombres, el fabulista se ve obligado á observar y expresar fielmente estos caracteres de las cosas inanimadas y de los seres irracionales. Y esta es una regla tan exclusiva, que nunca es lícito separarse de ella. De diverso modo ha de hablar el rapaz lobo que el tímido cordero, la delicada rosa que la corpulenta encina, el procaz sátiro que Júpiter Olímpico. Es más: la fábula no es buena si no expresa caracteres; es decir, si los personajes que entran en la acción no se distinguen, y personifican por su carácter propio y bien pronunciado. Y la composición será más preciosa cuando los caracteres tengan oposición entre sí, formándose nudo dramático, ya por la contrariedad de sus condiciones, ya por tender los personajes á diverso fin.

Los defectos en la fábula son más visibles y notables que en otras composiciones más largas, por lo mismo que es poemita breve, y la ima-

ginación lo abarca de un solo golpe de vista.

Los apólogos, como alegorías, símiles, ejemplos, que sirven para la demostración ó aclaración de un principio que se quiere inculcar, no se encuentran sólo en las colecciones que llevan expresamente el título de fábulas, sino que también se encuentran diseminados en obras de distinta índole. En los dramas, discursos, tratados y poemas, no es raro tropezar con muy apreciables apólogos. Los oradores, filósofos y poetas, suelen echar mano de ellos cuando conviene á su intento. Hay también colecciones de historietas que son en realidad verdaderas colecciones de apólogos aunque no llevan nombre de tales.

La fábula pasa en literatura por ser género extremadamente difícil. Si bien la dificultad en literatura, como advirtió un escritor, es meramente retada á las facultades y al talento de cada uno, es preciso confesar que este género literario tiene tantos requisitos que llenar, que tanto su invención como su ejecución es obra de las más dificultosas. No basta hacer buenos versos y disponer de inspiración sostenida para descollar en esta especie de poemas, si al mismo tiempo no se tiene una gran dosis de intención y de espíritu filosófico y crítico; es necesario ser poeta y filósofo á la vez. Se requiere poseer cualidades casi contradictorias; ser sutil y sencillo, profundo con aparente superficialidad, ingenuo y muy intencionado, observador realista en la ejecución é idealista en la concepción y la tendencia, envolver una grande cantidad de arte en formas naturales y llanas, descender á veces con la pluma á lo más ordinario elevándose con la mente á los más altos prototipos de lo bello y lo bueno.

Después de esto se comprende que, habiendo habido en todas las épocas innumerables cultivadores de este género literario, apenas se cuenten una docena de fabulistas que hayan descollado en todas las naciones en lo que llevamos de mundo.

Pero si son grandes las dificultades que tiene que vencer el autor de fábulas, todo está compensado, y el público premia liberalmente en popularidad á los buenos fabulistas. Grande es la gloria de Homero; mas por cada uno que ha leído la *Iliada*, hay millares que saben de memoria los argumentos de algunas fábulas de Esopo. Y entre nosotros no hay ningún autor más popular que nuestros fabulistas eminentes, Samaniego é Iriarte, fuera de Cervantes, cuya obra maestra es, en último resultado, un apólogo de grande extensión y grande alcance.

Las fábulas de Samaniego encantan por la sencillez y gracia del estilo poético; las de Iriarte por lo correcto de la forma y lo original y artístico del argumento. El primero es más ingenioso é inspirado, el segundo más intencionado y crítico.

No indigno sucesor de aquellos dos genios de la fábula, alcanzó posteriormente envidiable reputación de fabulista el erudito escritor y eminente poeta D. Juan Eugenio Hartzenbusch. A su lado brilla también, como autor de apólogos, D. Ramón de Campoamor, cuyo sutil ingenio luce en su colección de fábulas como en sus demás poemas.

MANUEL GONZÁLEZ ÁLVAREZ.

EL QUE INVENTÓ LA PÓLVORA



OSOTROS, infantiles lectores, habréis oído en más de una ocasión decir: «Ese muchacho es más listo que el que inventó la pólvora.»

Pues por si desconocéis, como no tendría nada de extraño, las circunstancias que concurrieron á la invención de ese terrible material de guerra, voy á referíros las, en la creencia y en la esperanza de que me lo agradeceréis, pues siempre es útil saber lo que se ignora.

Oidme.

Entre los religiosos del gran convento de Franciscanos de Friburgo, en Alemania, había uno de carácter melancólico, que en los ocios de la vida monástica se ocupaba en la alquimia.

Llamábase este excelente religioso Berthold Schwartz, y su celda, llena de redomas, alambiques y otros aparatos propios del arte, causaba aversión profunda á sus hermanos, quienes la bautizaron con el nombre de *Cueva de Satanás*.

En una palabra, Schwartz, al igual que todos los alquimistas de su tiempo, buscaba la piedra filosofal, aconteciéndole el caso tan común de dar con una cosa yendo en pos de otra.

Buscando la piedra filosofal llegó al descubrimiento del terrible secreto de la pólvora de cañón.

Dicho religioso, conocedor de la importancia y alcance de su invento, apresurose á entrevistarse con su Prior.

— Vengo — le dice — á pedir dos cosas: mi libertad y mi secularización.

— ¡Cómo! — exclamó el anciano con asombro — ¡Vuestra libertad! ¿Acaso está en mis manos dárosela? ¡Vuestra secularización! ¿Olividáis que sólo al Soberano Pontífice corresponde derecho semejante?

Al escuchar la respuesta, Schwartz dijo con mal reprimida soberbia:

— No quiero más aislamiento: yo no puedo vivir alejado del mundo; el mundo me reclama: es preciso que me restituya á él. ¿Me concedéis lo que pido, sí ó no?

— Yo no puedo otorgar lo que pretendéis temerariamente.

— ¿Os es imposible, verdad? — replicó el religioso brotando fuego por los ojos.

Pero deponiendo de pronto la cólera, continuó:

— Dejadme que parta, y yo os demostraré que soy agradecido. Si consentís, contad en breve plazo con el dinero que necesitáis para reedificar las ruínas de este monasterio.

Obligado por la promesa del fraile, contestó el Prior:

— Os concedo lo primero; pero lo segundo me es imposible, ya lo sabéis, y es temerario empeño en insistir.

— Pues bien; sabed que traigo conmigo materia con que destruir la ciudad entera de Friburgo.

Y acompañando á su palabra enérgica la acción, saca de la manga de sus hábitos un paquete, le aplica fuego, oyese una detonación, y rompe en mil pequeñas porciones los cristales

de las ventanas; retiemblan las paredes y los muebles, y llénase de espesa y negruzca humareda toda la celda.

El anciano Prior se sobrecoge, toma apresuradamente su crucifijo, y postrándose de rodillas, exclama:

— Idos, Schwartz, idos, que estáis de más en la casa de Dios.

Berthold Schwartz salió inmediatamente sin vacilar, y jamás volvió á aparecer por el convento.

El suceso tuvo lugar el año 1340.

El atrevido y sabio religioso se trasladó á Italia, en donde ardía la guerra entre genoveses y venecianos, y dió al Consejo de los Diez esta terrible fórmula:

— Mezclad azufre con carbón y nitro, y con tales y cuales proporciones obtendréis un producto tan destructor como el rayo.

En 1344 el secreto fué aprovechado en Grecia por un individuo llamado Perdiccais, que, al efecto hizo fundir largos tubos de hierro, á que dió el nombre de culebrinas; é introduciendo en ellos con pedazos de plomo y cobre la mezcla infernal, lanzó al espacio, con estrépito, materias capaces de sembrar la destrucción á su paso. Había nacido la artillería.

Los genoveses, aunque superiores á los esclavones y á las tropas mercenarias de Venecia, fueron vencidos merced al poderoso auxiliar.

También los ingleses utilizaron el invento en la batalla de Crecy, ocurrida en 1345, ocasionando á los franceses una pérdida de 30.000 hombres.

Berthold se trasladó poco tiempo después á Candía, visitó algunas islas de Grecia, en donde desapareció misteriosamente, suponiéndose que murió asesinado por quien tuvo interés en aprovecharse sin trabas del agente impulsor.

Los Franciscanos de Friburgo recibieron antes la cantidad de 40.000 ducados, con encargo de reconstruir la parte ruinosa del convento, suponiéndose, y no sin razon fundada, que el desconocido que hacía aquel importante donativo era el religioso que había habitado la antigua celda de la *Cueva de Satanás*.

Mediten ahora los lectores las ventajas y los contratiempos que tan terrible invento ha producido á la humanidad.

F.

LA PERDIZ DESPECHADA

FABULA

Al hallarse una perdiz
En la jaula aprisionada,
No se consuela con nada,
Ni acepta nada; ¡infeliz!
Desprecia trigo y maíz,
Y el cráneo medio deshecho
Deja en alambres y techo
Con los golpes que se pega.

*De tal manera se ciega
Quien se abandona al despecho.*

ALFONSO E. OLLERO.

EXPLICACIÓN DEL GRABADO



QURAN enseñanza trasmite el grabado objeto de este escrito; elevada idea despierta en el corazón de los creyentes; mucho alienta la fe de los cristianos.

Quisiera tener toda la inspiración del hábil dibujante que encerró tan sublimes pensamientos en los estrechos límites de un bronce para hablar á vuestra inteligencia y hacer un llamamiento acertado á vuestros espíritus, esencialmente católicos.

El interior de un templo en una solemnidad religiosa, siquiera se contemple figurado en un pequeño lienzo ó papel, despierta en nuestras almas mil grandilocuentes impresiones.

La estructura del que frecuentamos habitualmente; las imágenes que contiene; la regularidad ó irregularidad con que llenamos nuestras obligaciones de cristianos; la majestad de sus columnas dóricas, de sus frescas pinturas; los soberbios ojivales, por donde penetra un rayo de luz para alumbrar con los cambiantes del arco iris la figura de la fe que corona el tabernáculo; las cien arañas que alumbran en la ceremonia los augustos misterios de la religión; los riquísimos y severos adornos y colgaduras que pueblan el recinto; la venerable personalidad de los ministros del Señor; la suave armonía que brota á torrentes de los órganos para cantar mil himnos de alabanza; las nubes de humo que saturan el espacio en holocausto del Dios de Jehová, y absorba la imaginación con esta belleza de sentimientos, creemos en la comunión de los Santos, en la Concepción inmaculada, en la santidad infinita de la Trinidad, y en todo cuanto nos manda y enseña la doctrina del Dios-Hombre.

Venid, venid conmigo, y examinad el grabado con atención.

Allá, á lo lejos, mirando á la imagen del resucitado, dirige á sus fieles la palabra divina un sacerdote respetable y sabio para explicarles la resurrección; plática completa con su exordio, exposición, proposición y pruebas; allí, con tal motivo, siembra en buena sazón la evangélica enseñanza, explica los méritos de Cristo, que quiso morir en cruz por redimir al mundo; define y describe las bárbaras escenas del sangriento Gólgota, la virtud de la Magdalena, los dolores de la madre Virgen, y la mansedumbre y caridad inagotable del hijo de Belén.

En el centro de la iglesia, que en el cuadro ocupa el segundo y tercer término, se ven contritos multitud de oyentes, tan llenos de emoción como de fe, y en el primer término, claro y manifiesto, el fruto que produce en el corazón humano la predicación de la verdad cristiana.

Una mesa petitoria á favor de los niños de la Inclusa.

Venid, venid conmigo, mis queridos infantiles lectores, y examinad el grabado con atención.

En esa mesa, donde se sientan las más elevadas damas de la sociedad, como lo denota el lacayo con librea que permanece de pie á la derecha, se ejerce la virtud más grande que

puede concebir la razón: la caridad. Los donativos que al salir del templo, movidos por la palabra ferviente del sacerdote, depositan en una bandeja los verdaderos creyentes, están destinados á enjugar las lágrimas de muchos niños privados de los abrazos y de los besos de sus padres, porque... no los conocen. ¡Ah!..

¿Habéis visto desgracia mayor que tales privaciones?

Pues esos niños, no sólo no conocen á sus queridos padres, sino que sin la caridad de los hombres que depositan su óbolo en la bandeja, se morirían de desnudez y de hambre.

¿Habéis pensado alguna vez en los estragos del desamparo, en la crueldad y rigores de los hielos y de las nieves, en la miseria, en el hambre?

No quiera el cielo que experimentéis tan terribles contrariedades.

Pues bien; referido el fruto que produce la doctrina santa, fijad ahora vuestra consideración en la niña que se sienta al lado de las nobles señoras que piden, y en la niña que se acerca á la mesa.

La primera, con su uniforme del asilo, contempla resignada la felicidad de la otra, elegantemente prendida, asida de la mano de su amada madre; la segunda, dócil y voluntariamente educada para la virtud, se acerca gozosa á depositar los cuartos de sus ahorros, para que sirvan de consuelo á niños afligidos por el infortunio.

¡Qué alma tan noble!

¡Qué noble virtud!..

¡Qué virtud tan grande!

Pero venid, venid conmigo, mis queridos lectores, y examinad el grabado con atención.

Junto á la puerta mendiga también la pública caridad una anciana ciegucecita, en cuyo rostro, aunque apenado y transido por las amarguras del sufrimiento, se refleja cierto aire de distinción, y en cuyas maneras temblorosas se adivina su origen, también esclarecido.

¿Sabéis quién es?

Pues esa señora ocupó en el mundo, en sus más floridos años, la misma posición que en la actualidad ocupan las damas que se sientan en la mesa petitoria; pero la altivez y la irreflexión malrotaron sus bienes, enfermó y perdió más tarde el tesoro de la vista, y hoy implora la caridad.

Tal es el elevado pensamiento que se desenvuelve en el grabado que tenemos el gusto de ofrecer á nuestros suscritores.

Inspiraos en él, pues la mansedumbre y la caridad son las dos excelentes virtudes que desde el púlpito aconseja el venerable sacerdote que se destaca en el último término, como camino seguro para alcanzar la verdadera dicha.

VICENTE D. BORDANOVA.

EL VASO DE AGUA

FÁBULA

Allá en la hermosa América vivía un rico americano, que tenía las onzas y doblones á miles, y los miles á millones; hombre adusto, cruel, de muy mal genio,

aún mucho más que rico vanidoso, y á tal extremo fatuo y orgulloso que, cuando visitaba algún ingenio de los innumerables que tenía, á todos sus esclavos los hacía postrarse ante él, cual si un Dios fuera; y un día y otro día sus instintos de fiera aquel hombre cruel satisfacía inventando tormentos inauditos, que aplicaba después á los negritos.

Uno de estos, guerrero de Guinea, á ser libre en su patria acostumbrado, que no podía soportar la idea de estar toda su vida esclavizado, sufría horriblemente al verse por su dueño maltratado; y una lágrima ardiente de rabia y de dolor se deslizaba por su negra mejilla siempre que el *mayoral* le castigaba cruelmente por la falta más sencilla. Muchos meses pasaron de este modo sin que el amo de daños se cansara, y sin que al negro, fuerte y digno en todo, la más pequeña queja se escuchara; mas un día en que el amo despiadado quiso al negro aplicar nueva tortura, éste, desesperado, abandonose á un rapto de locura, y con la rapidez del pensamiento el machete cogió de su tirano, y con segura mano le hundió en su corazón en un momento.

Su crimen consumado, fué al instante cogido y maniatado, y el Tribunal severo reunido, ante él fué conducido para ser por su crimen castigado. —¿Por qué? —dijole el Juez—¿por qué motivo tan infame delito cometiste? —¿Por qué?—respondió el negro con voz triste pero serena y continente altivo.— Dadme un vaso, y con agua una botella, y la respuesta encontraréis cumplida.— Trajéronla; y el negro, asiendo de ella, se dispuso en seguida á echar agua en el vaso lentamente. —Y ved, mirad—decía al tiempo que caía dentro del vaso el agua mansamente— mirad, ya va subiendo, ya va el borde lamiendo del vaso; el contenido aumenta más y más... ved, se ha vertido; una gota no más, sólo una gota causa fué de que el agua se vertiera; de la misma manera de mi largo sufrir la valla rota, una gota bastó, sólo una gota, para que yo al tirano muerte diera.

Los que usando de fuerzas superiores á vuestros inferiores hacéis pasar la vida en el tormento, acordaos del negro de mi cuento.

VENTURA MAYORGA.



EN LA CASA DE DIOS

ALEJANDRÍA



LEJANDRO—dice el capitán del siglo — se engrandeció más al fundar la Alejandría con el propósito de asentar allí su imperio, que con sus más brillantes victorias.» Esa ciudad debía ser la capital del mundo. Su historia, su situación entre el Asia y el Africa, al alcance de las Indias y de Europa; y su puerto, una de las primeras desembocaduras del Nilo, único fondeadero en las 500 leguas de costa desde Túnez, la antigua Cartago, hasta Alejandreta, la hacen acreedora á semejante título.

En el antiguo puerto podrían anclar todas las escuadras del mundo; su profunda concha ofrece seguro asilo á los barcos, pero los pasos por donde se penetra son difíciles para los de mucho calado. El puerto nuevo, por el contrario, no está tan al abrigo de los recios temporales.

La antigua Racondah, que así se llamaba Alejandría antes que los griegos variasen este nombre por el de Rhacotis, ensanchada por Dinocrates, ingeniero de Alejandro el Grande, afectaba en su plano la forma del manto macedonio, prolongado en punta en sus dos extremidades.

Al Norte el Mediterráneo, y al Sur el lago Marcotis.

Entre uno y otro se estrechaba la ciudad, dividiéndose en dos partes principales: la una llamada Rhacotis, dominada por el magnífico templo de Serapio, y la otra Bruchium, separada del resto de la ciudad por una gran muralla, donde estaban el palacio de los reyes y la inmensa biblioteca, destruida cuando César puso sitio á Alejandría.

La población moderna se extiende al Norte de la antigua, entre el puerto viejo y el nuevo, ocupando una parte del recinto de tres mil doscientos metros de largo por mil doscientos de ancho, que mandaron construir los árabes hacia el año 1218 para defenderla contra los Cruzados.

Sus calles son, por regla general, angostas, y las casas de pobre apariencia, á excepción de las de los cónsules europeos.

No obstante, en la península llamada Ras-el-Tyn, ó sea el Cabo de las Higueras, entre el gran puerto y el mar, se eleva el palacio fortificado de los virreyes, construído por Mehemet. Allí sobre el plano del Serrallo de Constantinopla; compónese del harén, del diván ó habitaciones particulares del virrey y del palacio de los extranjeros, donde hasta ahora se ha dispensado generosa hospitalidad á los hombres notables que visitan la población.

Cerca de este palacio se halla el arsenal de la marina, vasto edificio construído sobre una playa arenosa bajo la dirección del ingeniero francés M. de Cerisy. Tiene cuatro diques de mampostería para los buques de primer orden, y tres para los menores, almacén de municiones, departamento de máquinas, y cuanto es necesario para el armamento de una flota.

El istmo de esta pequeña península que cierra el puerto por uno de sus lados, lo ocupa la ciudad turca, y presenta el mismo aspecto de todas las musulmanas.

Entre la nueva ciudad y el recinto amurallado que construyeron los árabes, se extiende un vasto espacio cubierto de montecillos y ruinas, que recuerdan la grandeza de los Ptolomeos, la conquista de Aureliano y las crueldades de Caracalla, cuando, según la frase del historiador Dión, « vino esta fiera de Ansonia á devastar y ensangrentar la hermosa ciudad de Alejandría. »

En ese espacio, cerrado por alta y doble muralla, y entre esos mismos escombros que recuerdan la desolación y la muerte, brotan á trechos, como las florecillas en los sepulcros, bonitos jardines plantados de palmeras, naranjos y limoneros, cuyo verdor contrasta con el color sucio de las removidas piedras; allí una iglesia, aquí una mezquita, más allá un monasterio, y hasta tres pequeños grupos de casas que forman tres barriadas, una de ellas denominada el fuerte por las murallas que la cierran y oprimen.

Descúbrese vestigios de las primitivas calles tiradas á cordel, y aún denuncian el área del antiguo palacio pedazos de columnas y de labradas piedras. Allí estaban las agujas de Cleopatra, soberbios obeliscos en una sola pieza de una altura de más de 22 metros, erigidos, según dicen, por el rey Tutinosis III.

Los ingleses, cuyo espíritu explorador y de conquista, y cuyo amor al arte y á su patria tan sólo son comparables con su afán de apropiación y con su ingeniosa tenacidad, intentaron trasportar á su país en una especie de enorme cápsula flotante uno de esos antiguos monumentos. Así lo hicieron; pero el mar les arrebató su presa como si protestara del despojo, y hubieron de abandonarla cerca de las costas de Galicia; pero gracias á la generosidad de marinos españoles, la aguja de Cleopatra atestigua la grandeza de las antiguas dinastías egipcias en medio de la grandeza de la capital de Bretaña. Anacronismo disculpable. El arte de la antigüedad debe tener su refugio en el corazón de los países civilizados cuando esta especie de emigración es la única garantía contra el espíritu devastador de la ignorancia.

Después de todo, el arte clamará siempre como el desterrado por su país y por su época.

En ese recinto de los árabes, que recuerda el antiguo Bruchium, separado de Rhacotis por la muralla alta y doble á que antes aludíamos, está la iglesia de San Atanasio y la mezquita de las mil y una columnas.

Hay también dos montecillos de unos 60 metros de altura, coronados de dos fuertes que fueron construídos por el ejército francés; uno de ellos lleva el nombre de Bonaparte, y el otro el del general Caffarelli.

Toda esa parte de la ciudad conserva su antiguo carácter; no así el barrio de los europeos, que ocupa el centro del puerto nuevo hasta la aguja de Cleopatra, y que ha cambiado completamente de aspecto de algunos años á esta parte.

En la inmediación de aquel monumento se ha formado una bonita plaza rectangular, de 800 pasos de largo por 150 de ancho, y las casas que la rodean, morada en su mayor parte de los cónsules de Europa, son de aspecto elegante y cómoda construcción.

Este barrio ha quedado casi por completo destruído ahora por el incendio.

Alejandría posee una intendencia de sanidad y varios hospitales: el de marina, llamado de Mahmudich, puede contener de 1.200 á 1.500 enfermos, y el del ejército, titulado Ras-el-Tyn, contiene unos 600. Cuéntanse en la ciudad treinta mezquitas, establecimientos de beneficencia servidos por Hermanas de la Caridad, y no pocas escuelas dirigidas por Lazaristas ó Hermanos de la Doctrina cristiana.

X.

Á LA VIRGEN MARÍA

¡Oh *Tú*, la más bendita de todas las mujeres!

¡Oh casta rosa mística del celestial jardín!

Contempla cómo lucha mi pueblo con las olas;

Contempla cómo tiende los brazos hacia ti.

Noche de amargo duelo enluta el horizonte;

Un ave que ha pasado anuncia tempestad:

Y España te dice, cual yo, Madre mía:

—*Dios te salve, María;*

Amanse tu mirada las olas de la mar.

Tú el cielo serenaste; la mar embravecida

Como león que duerme se prosternó á tus pies;

Pero del sol caían sobre los verdes campos

Raudales encendidos para agotar la miés.

El hambre y la epidemia, gemelos del infierno,

A nuestras puertas llaman con voz de mortandad;

Y España te dice, cual yo, Madre mía:

—*Dios te salve, María;*

Destruye peste y hambre, pues calmas á la mar.

Tu imagen santa adorna la choza y el palacio;

Tú llenas de fragancia los templos del Señor;

Altars te levanta la fe del poderoso;

Altars de mi pueblo te erige el corazón.

El grande y el humilde nombráronte mil veces

En las horribles noches de su angustioso afán;

Y España clamaba, cual yo, Madre mía:

—*Dios te salve, María;*

Mis lágrimas enjuga, pues domas á la mar.

Tu nombre balbucean los niños inocentes;

El ave lo repite por la extensión azul;

Ninguno sabe el huérfano más dulce, más hermoso,

Los pobres no conocen otro de igual virtud.

Cuando el clarín y el parche sonaron en la guerra,

Tu imagen en el pecho llevaba el militar;

Y España clamaba, cual yo, Madre mía:

—*Dios te salve, María;*

*Apaga *Tú* la guerra, pues vences á la mar.*

Cuando unos pueblos suben en alas de la gloria,

sucumben otros pueblos sin alas ni poder;

España subió al cielo como águila soberbia;

Sobre sus viejos lauros ya pálida se ve.

Pues que en su pecho vive la santa fe cristiana,

En su viudez hoy mírala con ojos de piedad;

Y España conmigo dirá, Madre mía:

—*Dios te salve, María;*

Por ti no me anegaron las olas de la mar.

VENTURA RUÍZ AGUILERA.

LOS PROGRAMAS



ON tan indispensables en todo establecimiento de enseñanza, que no se concibe el que carezca de ellos ningún centro de instrucción; porque, además de considerarse como elementos disciplinarios, son al mismo tiempo la pauta indispensable para los adelantos de los discípulos en las diversas asignaturas que comprende la escuela, y el barómetro que guía al profesor en la tramitación de conocimientos; pero donde se observa la imperiosa necesidad de ellos, es en los exámenes públicos.

Sucede con frecuencia, especialmente en pueblos rurales, en donde á los exámenes se les da una significación que creemos no tienen, que al presentar el maestro los niños para ser examinados ante la Junta, que apenas entiende un ápice de esto, cada cual de los individuos que la componen se considera autorizado para preguntar á los chicos por donde mejor les parezca, muchas veces con la sana intención de desconcepcionar al profesor, lo cual suelen conseguir cuando el maestro no ha formado de antemano y lleva debidamente preparados los programas de cada asignatura. Por esta sola razón, y porque sin programas se camina al acaso en la enseñanza, aconsejamos á quien lo necesite, y en especial á las maestras, los tengan siempre al corriente, en lo cual darán una prueba de laboriosidad y se evitarán también disgustos.

En cuanto á la manera de formarlos nada diremos, por ser, á nuestro modo de ver, sumamente sencillo; pero sí manifestaremos que en toda escuela debe haber dos clases de programas: unos generales, que comprendan lo que de cada asignatura debe aprender cada sección, y otros parciales, comprensibles de lo que ha dado el niño hasta el día de los exámenes, los cuales sólo servirán para este acto.

Empero si los programas son indispensables en toda escuela de primera enseñanza, lo son aún más en los establecimientos superiores y profesionales. Obsérvese, no obstante, cierta divergencia y poca uniformidad en la manera que cada establecimiento tiene de formarlos.

Esta falta de unidad en asunto de tanta trascendencia perjudica notoriamente á los alumnos, y en especial á los de enseñanza doméstica, quienes, como no conocen los programas del establecimiento, ni la extensión que se ha dado á la materia durante el curso académico, ni la forma y manera de preguntar del catedrático, suelen sufrir las consecuencias desagradables que son consiguientes; todo lo cual no ocurriría si los programas fueran generales, uniformes, y se publicaran oportunamente para conocimiento de los alumnos.

Refiriéndonos á las escuelas normales de maestras, hemos podido observar que en unos establecimientos se da á las materias más extensión que en otros en el primer curso, y que cada cual tiene su manera de formular las preguntas.

En cuanto á exámenes de prueba de curso, en unas partes los hacen metiendo las preguntas en un cilindro, y la suerte decide la que ha de contestar cada alumna, en tanto que en otras

las preguntas las hace el profesor á su voluntad; y con este último procedimiento no estamos conformes, porque esto se suele prestar á mucho en pro ó en contra de la alumna.

Esto no obstante, reconocemos en el profesorado de las normales de maestras á que nos venimos refiriendo sana intención, rectitud levantada y nobles sentimientos; por cuyo motivo no podemos suponer que ni con uno ni con otro procedimiento se propongan otra cosa que el mejor acierto en el asunto: todos caminan á buen fin, y creemos que si algo hay en sus procedimientos que disienta, está en la forma, no en el fondo.

Un tribunal de exámenes es parecido, en cierto modo, á un tribunal de justicia cuando tiene que condenar á un reo, en cuyo caso siempre suele ponerse de parte de la víctima.

Sentado, pues, que el mal existe en la forma y no en el fondo, urge la necesidad de que programas y exámenes sean uniformes en todos los establecimientos de una misma clase, toda vez que como consecuencia de la divergencia y falta de unidad, y de no publicarse los programas respectivos, sucede frecuentemente que las alumnas, en especial las de enseñanza doméstica, sufren grandes revolcones, cuyas consecuencias son difíciles de apreciar, no pudiendo menos de suceder así por más que se traguen los libros enteros; porque, como hemos dicho, no tienen conocimiento del programa de la escuela, ni están acostumbradas á la manera de preguntar del profesor, y el resultado suele ser generalmente poco satisfactorio.

Prueba de ello es que hemos visto suspender en prueba de curso á una alumna de enseñanza doméstica en una asignatura porque no contestó á la única pregunta que el profesor le hizo sobre la materia; y francamente, no estamos de acuerdo en esto, pues nosotros, en su lugar, le hubiéramos hecho otras varias hasta convencernos de la completa nulidad de la interesada antes de haber dado un fallo tan poco satisfactorio para la misma; tales son las consecuencias de las preguntas hechas y no sometidas á la suerte, que es ley común.

Es menester tener en cuenta, además, que á una joven que va de un pueblo á la capital y que de pronto se ve ante un tribunal que va á juzgarla, todo la sorprende, todo la asusta, todo la arredra; y quien más la sorprende, asusta y arredra, por lo general, son los hombres. Por esta razón, y por otras que el sano criterio de nuestros lectores pueden deducir somos partidarios de aquellos pedagogos que opinan que la mujer debe ser enseñada por la mujer.

Nosotros, pues, que deseamos la igualdad para todos en este asunto, pedimos desde las columnas de esta revista al señor ministro de Fomento, ó á quien corresponda, que se cumpla el art. 84 de la ley; que cada establecimiento de enseñanza de los referidos publique sus programas respectivos, á fin de que las alumnas sepan á que atenerse, á la manera que lo tiene hecho la Escuela central de maestros para los estudios del cuarto año en dicho establecimiento; que tanto en la manera de redactar los programas como en la manera de verificarse los exámenes haya uniformidad completa, desterrando las prácticas que no se amol-

den á la suerte, que es ley común y general para todos, pues de lo contrario siempre habrá víctimas en la enseñanza doméstica, por más que las alumnas sepan su obligación y los profesores abriguen los mejores deseos en favor de éstas.

José BRAVO Y DÍAZ.

PORVENIR DE LAS ALMAS

(EN LA MUERTE DE UNA NIÑA)

Si vuestra hija fué estrella
dar tan niña el alma á Dios,
¡ay, feliz mil veces vos! (1)
¡dichosa mil veces ella!

Pues ya huella
las celestiales alturas,
no halle en vos nunca lugar
el pesar,
porque para almas tan puras
morir es resucitar.

¿Para qué lloráis perdida
esa prenda de amor tierno,
si por un lugar eterno
dejó un lugar de partida?

Si es la vida
caos de dudas y penas,
¿quién la muerte, al que bien quiere,
no prefiere,
si el que vive vive apenas
y resucita el que muere?

Siempre llena de consuelo,
viendo á un ser puro sin vida,
la multitud, de fe henchida,
prorrumpe: «¡Ángeles al cielo!»

Ni ¿á qué duelo
es mostrar, cuando la carga
de la existencia maldita

Dios nos quita,
si tras de una vida amarga
muriendo se resucita?

No dé á vuestra alma afligida
la más leve pesadumbre
esa negra incertidumbre
del más allá de la vida.

Si es mentida
la fe de ulterior solaz,
al menos, los que viviendo
van gimiendo,
en otro mundo de paz
resucitarán muriendo.

Ya habita, aunque el desconsuelo
os haga implacable guerra,
un triste menos la tierra,
un dichoso más el cielo.

D e suvuelo
iréis vos, muriendo, en pos,
si á Dios dáis en implorar
sin cesar,
pues para justos cual vos,
morir es resucitar.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

(1) La madre.

HIGIENE DE LAS ESCUELAS



La importancia de la higiene en las escuelas es grande por los peligros que pueden ocurrir por la aglomeración de los niños, y en general de los estudiantes.

La enseñanza se divide en primaria, secundaria y superior. Es indudable que los cuidados higiénicos deben dirigirse más principalmente á la primaria, sin que esto quiera decir que se dirijan también á los establecimientos de segunda enseñanza, y en cierto modo á los de enseñanza superior.

En primer lugar, los establecimientos de enseñanza deben edificarse de preferencia en la periferia de las poblaciones; y si por necesidad se construyen en el centro, debe procurarse que estén aislados y alejados lo posible del ruido y movimiento, que tan frecuente es en las grandes poblaciones. El terreno debe ser algo elevado y seco, procurando que no haya humedad, que tanto favorece el escrofulismo en la infancia.

La extensión ha de ser suficiente, no sólo para la construcción del edificio, sino para jardines, paseos cubiertos y gimnasio. Varremtrapp aconseja que debe haber una extensión de tres metros por discípulo, ó 600 metros para 200 discípulos.

En los pueblos es más fácil que el establecimiento tenga jardín, porque los terrenos tienen poco precio. El jardín es de gran utilidad, no tan sólo como medio higiénico, sino también para que los niños puedan adquirir nociones de horticultura, botánica y agricultura.

Inútil es decir que en todo establecimiento de enseñanza debe haber el suficiente caudal de agua.

La fachada principal de la escuela no debe estar al Oeste, siendo preferible al Mediodía ó al Oriente. Las clases ó salas de enseñanza han de tener esta orientación, y las que se construyen en el piso bajo deben hallarse uno ó dos metros sobre el nivel del suelo.

Las dimensiones de la sala destinada para clase, deben estar calculadas según el número y edad de los alumnos, y en general no deben asistir á cada clase ó escuela más de unos cincuenta niños ó estudiantes. Es conveniente, por regla general, que las mesas donde se han de apoyar los niños tengan una extensión de medio metro, y algo más para los niños demás edad.

El espacio de las escuelas ó salas destinadas á clases, debe ser tal que á cada alumno correspondan seis á siete metros cúbicos; de modo que para 50 alumnos se necesita un espacio de unos 350 metros cúbicos. De este modo el aire no se vicia en ácido carbónico procedente de la respiración, y se encontrará en buenas condiciones. La ventilación se consigue por ventanas convenientemente dispuestas, abriéndolas alternativamente cuando se juzgue necesario.

La luz puede recibirse en las escuelas y las cátedras por ventanas laterales, ó bien por la parte superior. Adoptada la entrada por los lados debe ser unilateral, prefiriendo por el lado izquierdo, pues por el derecho proyecta sombra la mano al escribir. Es conveniente que la luz sea igual, para lo cual es preferible que entre

por el lado del Norte ó el Oeste, pues por el Oriente y Mediodía los rayos del sol son demasiado vivos y variables. En todo caso son de utilidad los transparentes ó persianas para regular la entrada del sol.

El mobiliario de las escuelas debe ser á propósito y con determinadas condiciones; pues según afirman varios higienistas, un mobiliario defectuoso es causa de miopía y aún de raquitismo en los niños que asisten á las escuelas. Un banco muy bajo con una mesa muy alta, obliga al niño á encorvarse con torsión del tronco sobre su eje, y una mesa muy baja le obliga á inclinar la cara sobre el papel, adquiriendo la costumbre de mirar muy cerca. Igualmente una separación grande entre la mesa y el banco produce el mismo efecto. La falta de respaldo en el banco, y la falta de banqueta para los pies, origina también actitudes deformes.

Respecto del material de instrucción, es decir, de los libros, el papel, plumas, lapiceros, etc., también deben observarse algunos preceptos higiénicos. El tipo de letra en las impresiones para los libros de estudio debe ser de tamaño bastante apropiado, pues los caracteres demasiado pequeños fatigan la vista, así como una impresión demasiado compacta. El papel debe ser del grueso conveniente, para impedir que pase al trasluz lo escrito por el otro lado. Los caracteres góticos y las letras extrañas deben desterrarse, y por último, el color del papel de los libros y para escribir debe ser algo amarillento ó anteado, porque el color completamente blanco ofende á la vista.

La escritura inglesa no es la más conveniente, siendo mejor la española ó redondilla, pues para aquélla es menester inclinarse, lo cual puede producir deformación en los que se dedican largo tiempo á escribir la forma de letra llamada inglesa.

Los ejercicios físicos de los alumnos son muy convenientes en las horas de recreo, y sobre todo la gimnasia, que tan útil es para el desarrollo de las fuerzas físicas.

La edad más á propósito para llevar los niños á la escuela es la de seis años, pues antes de esta edad, aún en España en que hay bastante precocidad, no están suficientemente desarrollados los órganos físicos ni la inteligencia.

Las horas de clase ó de escuela, deben ser apropiadas á la edad. Según Chadwicke, á los seis ó siete años un niño no puede seguir con atención una lección que exceda más de 15 á 20 minutos consecutivos. De siete á diez años le bastan 20 minutos seguidos; de diez á doce, 25 minutos, y de doce á dieciséis años, 30 minutos. Descansando lo necesario de una á otra lección, se consigue que el discípulo atienda mejor y aprenda lo que se le enseña. En un día no se debe dar más trabajo intelectual á un niño que el que se indica á continuación:

| | |
|---------------------|-----------------|
| De menos de 7 años, | 2 1/2 horas á 3 |
| — de 10 — 3 | — á 3 1/2 |
| — de 12 — 4 | — |

Pasando de quince años, puede elevarse el trabajo intelectual y estudio á ocho ó nueve horas por día.

(De la Revista de conocimientos útiles.)

EL ANGEL DORMIDO

Capullo reclinado
sobre tu cuna,
eres más bello y grande
que la fortuna:
yo te bendigo,
ya que soy de tu sueño
mero testigo.

Es tu vida tan bella
como la aurora,
el azul de los cielos
y el sol que dora;
que tu inocencia,
es la virtud que ensalza
la Providencia.

Tu belleza es dechado
de la hermosura,
tu nivea frente esconde
una alma pura:
ángel dichoso,
goza el místico efecto
de tu reposo.

Si jamás conocieras
más que la infancia,
te envidiarían las flores
de más fragancia;
y sin recelo,
desde el mundo volaras
al almo cielo.

Más se gasta la dicha
en el momento,
que despierta la clara
luz del talento;
pues conocemos,
que en la vida se esconde
mucho veneno.

La inocencia son gayas
flores de Mayo,
que pasan cual la chispa
del veloz rayo.
¡Ay, niño manso,
que después de tu sueño
todo es cadalso!

Siempre que te contemplo
dormido, hermoso,
lloro amargo rebosan
mis tristes ojos;
como tú, un día,
la dicha sempiterna
saborearía.

Angel que al mundo vienes
dulce y risueño,
cariñoso bendigo
tan grato sueño.
Adios, hermoso,
mientras seas inocente
serás dichoso.

P. PUERTA.

TIPOGRAFIA GUTENBERG
Á CARGO DE MANUEL SALAMANQUÉS
Villalar, 5.